

# LA NOVELA IDEAL



## EL SEÑORITO

Por MARGARITA AMADOR

Núm. 558

25 Cts



1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle. — 2. *Florecimiento*, de Federica Montseny. — 3. *Abnegación*, de José Sanjurjo. — 4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cordón. — 5. *Las santas*, de Federico Montseny. — 6. *Mi hermana*, de José Martín. — 7. *El redentor*, de Isaac Pacheco. — 8. *¡Engañada!*, de Federico Urales. — 9. *El cacique*, de Barthe. — 10. *Jubilosa*, de Adrián del Valle. — 11. *El hijo de nadie*, de Federico Urales. — 12. *El amor muerto*, de Federica Montseny. — 13. *El arreo*, de Solano Palacio, y *Al jabalí*, de Salvador Cordón. — 14. *Madre*, de Antonia Maymón. — 15. *Náufragos*, de Adrián del Valle. — 16. *Redimida*, de Fernando Claro. — 17. *Amor maldito*, de Federico Urales. — 18. *Madrina de guerra*, de José Marín. — 19. *¿Cuál de los tres?*, de Federico Montseny. — 20. *El hereje*, de José Sanjurjo. — 21. *La bella aldeana*, de Federico Urales. — 22. *Luz en las tinieblas*, de F. Caro Crespo. — 23. *¡Madre!*, de Rogelio Arnavau. — 24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny. — 25. *Esclavo de su culpa*, de José Castells Serra. — 26. *El pecado de amor*, de Ricardo Vaqué. — 27. *Las dos son mías*, de Federico Urales. — 28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio. — 29. *Maternidad*, de Federica Montseny. — 30. *Esperanza*, de Ignacio Cornejo. — 31. *Pigmalión*, de Carlota O'Neil. — 32. *Peregrino de amor*, de Federico Urales. — 33. *La alondra*, de Angela Graupera. — 34. *El otro amor*, de Federica Montseny. — 35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo. — 36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales. — 37. *Camelanga*, de Adrián del Valle. — 38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón. — 39. *La última primavera*, de Federica Montseny. — 40. *El triunfo del amor*, de David Díaz. — 41. *El suicidio de dos enamorados*, de Federico Urales. — 42. *La venganza de Jaime*, de Angela Graupera. — 43. *Resurrección*, de Federica Montseny. — 44. *Cómo se ama*, de José Esgleas. — 45. *Flores con y sin espina*, de Federico Urales. — 46. *Arrayán*, de Adrián del Valle. — 47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer. — 48. *Martirio*, de Federica Montseny. — 49. *Aurora*, de Solano Palacio. — 50. *Una aventura*, de Federico Urales. — 51. *Como las águilas*, de Mauro Bajatierra. — 52. *La hija del verdugo*, de Federica Montseny. — 53. *Laudo de amor*, de Elías García. — 54. *Un infanticidio*, de Federico Urales. — 55. *Desterrados y raptos*, de Asencio Larrea. — 56. *María de Magdala*, de Federica Montseny. — 57. *El último baluarte*, de F. Caro Crespo. — 58. *Aristócratas*, de Adrián del Valle. — 59. *La perla*, de Antonio Maymón. — 60. *El amante de Encarna*, de Federico Urales. — 61. *Cautivos que se libertan*, de Luis Calventus. — 62. *El rescate de la cautiva*, de Federica Montseny. — 63. *La Virgencita de los Mermeres*, de Mauro Bejarano. — 64. *Diez años después*, de Federico Urales.

# LA NOVELA IDEAL

AÑO XII

21 ABRIL 1937

NÚM. 558

Margarita Amador

6  
PQ  
6159.9  
N1345  
A495  
1937

# El Señorito



PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»  
 Administración: Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37  
 Teléfono 51780 - Barcelona



Precio de subscripción: Un semestre, 6 pesetas  
Extranjero: » 9 »

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

# UNA HISTORIA DE AMOR

DE SEBASTIAN PELEGRÍ ALEGRET

Comunicamos a los habituales lectores de La Revista  
BLANCA que actualmente no se publica, como tampoco  
*El Mundo al Día.*

## A nuestros lectores

Debido a la gran subida del coste del papel, motivado por las actuales circunstancias, y al aumento doblado en el franqueo de nuestros envíos, nos vemos obligados, muy a pesar nuestro, a aumentar el precio de venta de LA NOVELA IDEAL, siendo éste, desde el número 558, de 25 céntimos el ejemplar, con el 25 por 100 de descuento a los paqueteros.

## I

La planicie alicantina se estremece bajo el sol canicular y se despereza extendiendo los brazos amorosos hacia el Mare Nostrum. Verde salpicado del rojo de los naranjos y azul jalonado de algas marinas.

En la alquería «Maricel», emplazada tierra adentro de la vega alicantina, empiezan los patos a hacer acto de presencia con sus gargarismos inauditos acompasados al cloquear de las gallinas, hasta que Rufina, con el delantal relleno de grano, les esparce a lo lejos su manutención. Su hija Roberta le ayuda en las tareas múltiples del caserío, y así el trabajo de las dos mujeres hace marchar la hacienda, supliendo con creces el brazo vigoroso del hombre que no tienen.

— ¿Has llenado el lavadero, Roberta? — le pregunta la vieja a su hija.

— Sí, madre.

— ¿Has limpiado el corral y el patio?

— Ya está — le grita desde lejos la joven.

— Pues vente a almorzar, y aprisa, que luego hay que recoger las mazorcas y debes ir a la huerta esta misma mañana.

— Conformes; allá voy.

Siéntanse las dos mujeres en el poyo de frente la casucha y comparten el frugal almuerzo, consistente en un trozo de «caballa» entre dos trozos de pan.

Roberta, mientras se lleva los pedazos a la boca, ahoga frases incoherentes que pugnan para exteriorizarse.

— ¿Se puede saber qué tienes? ¿Qué te pasa? Siempre rumiando — le grita Rufina.



— ¿Qué quieres que me pase? lo de siempre: que estoy harta hasta aquí — dijo señalando por encima de la cabeza — y que no aguanto más y que me voy a servir a la ciudad.

— Lo de siempre: cría cuervos, que te sacarán los ojos. ¿Qué te falta aquí y cómo quedaría yo si tú te marchases? ¿Te parece que yo sola, a mi edad, puedo hacerlo todo? ¿Es que quieres matarme? ¿No te tratan bien los señoritos?

— Dale y dale con los señoritos. ¡Si aunque te dijera que me muelen a palos no te lo creerías, mujer! Aquí naciste y aquí llevas la vida más abrumadora que se conoce, trabajando de día y de noche si hace falta. Corriendo siempre, jadeante, alocada, para que nada falte a tus señoritos. Cada semana se va a la ciudad medio camión repleto de víveres: huevos, hortalizas, frutas... todo, todo para el «señorito», y nosotras almorzamos «caballa» y cenamos «melva», y hace un mes que no hemos gustado un trozo de carne. Y al fin y al cabo, ¿qué sueldo te da el «señorito»? ¿Es que tienes un rinconcito para cuando vieja te eche como un perro?

— ¡Basta, hija, basta! Eres de lo más desagradecido que conozco. Nos dan de lo que se recoge para vivir; nos dejan trabajar, vivir bajo techado...

Roberta miró a su madre con profunda lástima y replicóle:

— En cuanto venga el «señorito» le pides que te cobre alquiler de esta casucha desvencijada, sin agua, sin electricidad, casi sin techo, y le besas las manos porque te deja trabajar en su hacienda. Si hasta parece mentira que viviendo ellos con el lujo de su «Maricel», te dejen a ti vegetar en este rincón inmundo, lo bastante alejado, eso sí, de su mansión para que sus pupilas no tropiecen con ella.

— Sandeces y más sandeces. ¿Es que sabrías tú vivir en aquella casa donde se anda sobre fofo, donde te sientas y te hundes, donde todo reluce como un espejo? ¡Quiá! Además, el señorito Pepe Luis viene por aquí muy a menudo y no veo que se haga el orgulloso para

que así le envidies; te trata con amabilidad, con buenos modales, ¿qué más quieres?

— Que venga menos, que me trate con menos amabilidad y con peores modales y nos entenderemos mejor.

— ¿Qué quieres decir?

— Si tú como madre no lo has comprendido, ¿qué quieres que diga yo? ¡Para que vuelvas a decirme que si mi neurastenia, que si padezco de manías!

— ¡Bueno; cerremos el asunto, porque acabaríamos mal, so presuntuosa!

— Acabaríamos como siempre: yo maldiciendo y tú enviándome a paseo. Pues bien, madre: esta vez te advierto que no sigo más adelante. Tengo veinte años. Ganas de trabajar y colocaciones no me faltarán en la ciudad, donde mi trabajo será más remunerador y menos arrastrado que este del «señorito». Tú puedes venirte conmigo, y con poco que trabajes y lo que yo gane...

Rufina se le acercó airada:

— ¿Que yo deje esta casa? ¡Que vaya contigo a correr mundo! Tú estás loca, loca rematada; márchate de mi presencia, o hago un estropicio; aquí he nacido, aquí he de morir; sin un céntimo, bueno; pero aquí, viendo cada mañana en la obscuridad de mi alcoba aparecer las luces del alba por entre las vigas carcomidas; yo... yo he nacido para eso, tú haz lo que gustes.

— Está bien, madre; voy por las mazorcas.

Y Roberta se alejó de su casucha como una flecha, para no oír la voz metálica de su madre que se le adentraba en el corazón y que tanto tenía que luchar para no maldecir.

## II

Rufina era mujer de unos cuarenta y cinco años. Su marido, truhán y devoto del *rien faire*, la dejó por fin gozar de esta mísera existencia con toda tranquilidad, y él pasó, no a mejor vida, porque esto era imposible dada la gran vidaza que se había llevado en



este terruño, pero supo marcharse, tras una simple bronconeumonía, al país de «irás y no volverás», para bien de su compañera. La pequeña Roberta contaba apenas seis años, pero era una chiquilla avispada y lista por excelencia. Rufina, que para el trabajo valía por diez hombres, no se arredró y puso el cuello en la empresa, a fin de que el «señorito» no encontrara a faltar la mano del macho. Pero, ¿qué iba a encontrarse a faltar allí donde jamás la puso? Y la hacienda, pimpante y pujante como la que más, era la envidia de todo el gentío hasta diez leguas a la redonda.

Perro para el amo, con una venda en los ojos ante todo cuanto se refería al «señorito»; con la boca entreabierta por la admiración en cuanto éste la hablaba; con los ojillos mansos de cordero sumiso... he aquí la imagen de Rufina. ¿Les costará mucho esfuerzo a mis lectores ver a Roberta por el lado diametralmente opuesto? Ojos vivos, rostró ceñudo y una pequeña mueca de desdén; mucho amor propio y una gran dosis de orgullo; esa era la chiquilla.

— ¿Pero de dónde habrá salido esta niña? — decía a veces Rufina —; porque lo que es a mí... hasta me avergüenzo de su casta. A su padre menos aún; ¡valiente pelagatos! ¡Y aun dicen que de tal palo tal astilla! ¡Maldita sea!

Han transcurrido unos días desde el diálogo con que ha empezado nuestro relato. Rufina da las últimas instrucciones a Roberta y ésta, con la cesta debajo del brazo, se aleja presurosa campos a través, salvando por entre los arrozales la larga distancia que separa su casa del huerto «Can Amparo», de donde volverá, noche cerrada, cargada como una mula con las hortalizas semanales para el «señorito».

Estaba Rufina barriendo el zaguán cuando acertó a pasar el señorito Pepe Luis, el primogénito de los de rancia estirpe, con tanto blasón de más como vergüenzi de menos.

— Buenos días, Rufina.

— Buenos los tenga usted, señorito — y presurosa dejó la escoba y se acercó veloz para atender al pa-

seante —. ¿Cómo tan de mañana? ¡Con lo bien que debe estar en la alquería a estas horas!

— Es muy aburrido, Rufina; si no fuera por la imposición de papá, no pondría los pies en este terreno; a mí deme la ciudad, los teatros, las diversiones.

La mujer de pueblo le contemplaba boquiabierta, como siempre.

— A mí, en cambio, deme este trozo de terruño, cercado si gusta, con una tapia si usted quiere... ya tengo bastante.

— Con poco te contentas; con lo grande que es el mundo. Y a propósito, ¿dónde tienes a Roberta? ¡no la veo por ahí!

— Ha ido al huerto de «Can Amparo», para atar las habichuelas y las lechugas. No estará de regreso hasta la noche.

— Bien; pues hasta otro rato, Rufina.

— Muy buenos los pase usted, señorito — díjole, paladeando como siempre la última frase, mientras Pepe Luis, con el caminar presuroso del hombre de ciudad, se alejaba por el atajo.

Cuando el disco rojo de la circulación sideral estaba próximo a ocultarse, Roberta prepara sus vituallas para regresar a su casa. Ha trabajado como un hombre y está satisfecha de sí misma. El hermoso huerto es de los más cuidados del contorno, y tiene a un lado la minúscula «barraca» blanca en sus paredes y techada de cañas simétricamente situadas. Dentro del espacio reducido de la misma hay los estantes con mimbre, viruta, cintajos, y en un rincón, los aperos de labranza; más allá, un banco y una silla desvencijada. No falta empero el espejo de Roberta, donde se acicala el pelo antes de emprender la caminata. Espejito donde contempla sus mejillas aterciopeladas, donde su busto se refleja terso y se contonea al compás que le imprimen sus brazos levantados por encima de la nuca. «Dime, espejito: ¿soy guapa o soy fea?» Y el espejo, que jamás miente, le replica: «¡Cómo puedes ser fea con esos hoyitos en las mejillas hechos exprofeso para rellenar de besos, con esos ojos que chispean maliciosos



y radiantes, con esas caderas de mujer fuerte, de hembra trabajadora, bellas columnas del templo de la virginidad!» Y Roberta, que oye el espejo, calla y sonríe. De pronto una masa oscura se apoya en la puerta y una voz que ella conoce bien le dice:

— ¡Buenas noches, Roberta!

Sus brazos caen y el pelo desatado se esparce en abandono por encima de sus espaldas. Su cuello moreno resalta sobre el pelo de azabache como carne gitana antes de la ofrenda. Los ojos abiertos, tan abiertos que a duras penas ven al intruso. Y la voz zalamera, dulce, de Pepe Luis resuena en el ámbito reducido:

— No te asustes, mujer; sólo soy yo. He sabido que estabas aquí y hacia aquí he venido para alegrarte un poquito con mi charla.

— ¿Y cómo has sabido que estaba yo aquí?

— Por tu madre, ¡toma!

Y con acento de amargura:

— Por mi madre, ¿eh? Bueno; ¿a qué vienes? No necesito de tu charla ni de tu compañía; así es que puedes retirarte.

— ¿Y para recibirme así he andado tantísimo trecho? No eres muy amable conmigo, Roberta; tú me odias y en cambio yo te quiero bien; quiero ser tu amigo. ¿Por qué me demuestras este encono? ¿Por qué esta antipatía?

— Pepe Luis, retírate, márchate; déjame terminar el peinado, cambiar el corpiño y luego hablaremos; pero ¡sal de aquí!

Pepe Luis se acerca más y más a la muchacha. El pelo negro abundante le atrae como una cascada de diamantes brasileños; las pupilas, creadas por un jirón de la noche, le acarician hasta lo más hondo, y replica:

— Estás bien así, Roberta; déjame que sea yo quien anude tu pelo y lo distribuya sobre tu cabecita — y el aliento del macho, del varón ávido de goces, da de lleno en la cara de la joven. Roberta quiere resistir.

— Déjame, Pepe Luis; estoy sola; no abuses de mí; vete. Yo no soy como mi madre, que te adora como un santo de sus altares; yo te aborrezco, ¿lo oyes?

Te aborrezco por «señorito», por pendenciero, por matón, por presuntuoso y por canalla. Te aborrezco porque miras a las mujeres del pueblo como cosa propia, a las que tu figura de «real mozo» ha de enloquecer a la fuerza; porque a las mujeres de ciudad las compras con joyas y dinero, y porque sólo rindes culto a la lujuria y a la perversidad. Manos finas, largas, estiradas; manos señoriales que no conocen lo que es un azadón ni una pluma. Soy pobre e ignorante, Pepe Luis; pero, óyelo bien, tengo tanta dignidad que ni toda tu fortuna podría inclinarme a mostrarme bondadosa contigo. Y ahora que sabes los sentimientos que me animan, ya ves que entre tú y yo no puede haber nada de común. ¿Quieres marcharte? — y abrió de par en par la reducida puerta de la barraca.

Pepe Luis, cabizbajo, optó por mostrarse sumiso.

— Sin embargo, este señorito bravucón, malo, etc., que tú le llamas, se ha prendado de ti, niña; se ha fijado en tu cuerpo.

— Calla; soy pobre pero honrada. Presiento desde hace días lo que pretendes, y eso no será. ¡Por una vez muéstrate hombre! Te lo ruega una muchacha que no posee más que lo que tú pretendes arrebatarte.

— Roberta, no puedo; hace días, cierto, que el pensamiento de poseerte no me deja en paz; sé mía; te quiero, te deseo — la voz era imperiosa, altanera.

— Jamás. Si mis ruegos desoyes, pues, lucha; prepárate a saciar tus instintos; pero antes habrás de vencer mis uñas, mis dientes y mis puños. ¿Qué pretendes? ¡Acércate!

Y la joven, con los brazos extendidos, centelleantes los ojos, el pelo en desorden, era la viva imagen de la fiera bajo la forma de mujer. Desarmado el galán por tanto encono, dejóse caer abatido en el banco de la barraca.

— Está bien, mujer, sea; termina tu tocado y te acompañaré; no ha pasado nada.

Roberta dió dos pasos, recogióse el pelo algo tranquilizada, preparó su cesta; de pronto... sintióse asida de la cintura por unos brazos hercúleos; sintió que un



botón de fuego sellábale los labios, y todo su cuerpo quedóse reducido a la inacción. Las piernas se doblegaban, y Roberta tuvo la sensación de que el mundo se hundía a su alrededor...

Pepe Luis seguía aprisionando el cuerpo virgen de la joven; y sobre la noche cerrada se elevaba la cruz de la barraca como en irónico reto al mundo. Allí se cobijaba la lujuria, allí se cometía el crimen.

## III

— ¿Pero puede saberse lo que te sucede?

— Nada.

— Pues a mí no me engaña ni tú ni nadie. Días hace que te vengo observando, y a ti te pasa algo anormal. Desde el día que me dijiste que habías sufrido un desvanecimiento en la barraca, no has vuelto a estar de humor; vaya. ¿Mucho pedir es el que tengas confianza conmigo?

— Acabemos; nada me sucede. Y a otra cosa. ¿Tú le dijiste a Pepe Luis que me encontraba yo en «Can Amparo» el último día que fuí al huerto?

— ¡Vaya, con esta sales! Creo que sí, que hablando por la mañana le dije que estabas allí; pero no veo el porqué de la pregunta.

— Cierto; no hay causa que justifique mi demanda; pero...

Roberta no terminó. ¿A qué seguir? Su madre, obcecada, loca por su «señorito», no vio jamás lo villano que era, no vio las intenciones que amagaban sus buenos modales. Ahora... era ya tarde. Si ella hablaba, su madre, ¡al fin madre!, tomaría su defensa y serían arrojadas de allí como perros. Nadie las creería y deberían arrostrar del mundo los puntapiés y las miserias más inhumanas. Sacaría a su madre de aquel recinto donde habíase escurrido su vida toda y donde era ilusión suya morir, y todo ¿para qué? para vivir vieja y joven al margen de la sociedad y arrastrar el hijo en la caída

que veía honda... honda... No, su mal era de los que no tenían remedio; sufriría sola, y sola arrostraría las iras de la sociedad.

Pepe Luis se marchó a la ciudad el día siguiente de su alevosía. Roberta, aquí caigo, allí me levanto, iba empujando los días, hasta que sintió florecer dentro de sí, en lo más hondo de sus entrañas, aquel algo que no podía explicarse, estela de unos minutos de ignominia, y un día, al fin, temerosa de que su madre observara el cambio, marchóse con su lío de ropa carretera adelante.

¡Ah, cómo hubiera podido gritarle: «Mira, contempla la obra de tu «señorito», recreáte en sus modales, trabaja por él y para él; mira qué ha hecho de tu hija»!

Pero Roberta calló. La distancia moral que la separaba de su madre era tan grande que el deseo de huir se hizo vivísimo, y ya lejos, en la noche otoñal sembrada de estrellas levantó su pecho un suspiro de alivio al ver que la casucha desvencijada había desaparecido entre la negrura que todo lo envolvía.

Al día siguiente, cuando Rufina cercioróse de la fuga de su hija, gritó, lloró, gesticuló:

— Ya me lo temía; algo pasaba, y era que planeaba su huída. Mala hija, mala hembra; pero ya volverás, ya volverás cuando la ciudad te haya arrebatado la última gota de tu sangre, cuando te hayas hastiado de su vivir alocado; yo firme en mi puesto.

Y como si nada hubiera sucedido se dirigió al corral para atender a sus animales, y el soliloquio resultaba interminable: «Desde hoy, Rufina, has de trabajar doble. Bueno, ¿y eso qué? ¿Es que no he sido siempre una bestia de carga? Más y más sobre mis espaldas. ¡Arrea! ¡Arrea! Que bien me lo merezco», y musitaba por lo bajo reproches y más reproches con un rosario de interjecciones.

Aquel invierno pasó veloz, y volvieron los primeros calores del año. Sólo entonces hizo su aparición Pepe Luis por «Maricel». Al cabo de un año, ¡bah, quién se acuerda! Y al pasar por delante de la casucha de



Rufina se detuvo solícito, con sus buenos modales de siempre.

—Creo que estás sola, Rufina. ¿Qué le ha sucedido a Roberta? —preguntó el muy cínico.

— ¡Ay, señorito, mi señorito! ¿Qué quiere usted? Madres que antes de parir debieran ahogar dentro de sí el mal bicho que apunta. Porque ha de saber que huyó de aquí sin una mala palabra para su madre; me dejó en el abandono más absoluto, sabiendo que gravitaba sobre mis hombros el peso de la hacienda. Mi única hija y sin pizca de corazón, albergando odios, incubando agravios. ¡Desgracia que tiene una!

— Pero... ¿y la causa, Rufina?

— ¡Vaya usted a saber! El afán de vivir en la ciudad, de ser libre, de divertirse.

Pepe Luis sonrió satisfecho. La madre no sabía nada. La chica había obrado prudentemente ahogando el malhadado asunto y huyendo del terruño.

—Vamos, paciencia, Rufina; puede que la chica vuelva y todo se arregle.

— Eso no, señorito; mi hija ha muerto para mí; no tengo hija. Y esa idea, a la que me he aferrado, me da fuerza para el trabajo y me sostiene contra la tristeza cuando, de vez en vez, recuerda mi mente que por esos mundos hay una hija carne de mi carne.

—Vamos, vamos, Rufina; a olvidar, que con ayuda del tiempo todo se alcanza.

Y se alejó con rapidez, satisfecho del sesgo que había tomado el asunto. Su pensamiento voló hacia los días en que la pobre Roberta le había enviado aquella carta reclamando ayuda, no para ella, sino para su hijo. Carta magistral por cierto, que no merecía el vacío que él le otorgó. Seguidamente, Pepe Luis recordó la escena de la barraca, y sus espaldas se levantaron en un gesto de desdén: «¡Bah! Cosas de la juventud», sin que el menor remordimiento viera a enturbiar la fría calma de su espíritu. Y se decía a sí mismo: «Ahora a labrar tu porvenir, Pepe Luis. Se te ofrece un partido único, una ocasión maravillosa de coger al vuelo una guapa mujer y la

dote que le asignan. ¡Ojo avizor! Tengo que echar bien las redes; con eso afianzo toda mi vida de libertad y diversión. ¡Ja, ja! Con mi palmito nada falla.» Y canturreando bajó la cuesta corriendo como si le hubieran nacido alas.

Era una de tantas vidas que se escurren por este mundo entre el plumaje de la ociosidad y el vicio, sin que nadie les pida cuenta de sus actos. Personajes de comedia que se empinan sobre el esfuerzo de los demás y se encaraman porque los verdaderos trabajadores les ofrecen con mansedumbre sus espaldas. Y mientras hubo humildes que bajaron la cerviz, existieron Pepe Luises a montones.

## IV

Los doce años transcurridos han sido para la pobre Rufina doce garfios que le atenazan las espaldas, que le hinchan los tobillos, que le sujetan los muslos, que a penas si la dejan andar. Doce años de trabajar como una mula murmurando contra su «desastrada» hija que la dejó en el atolladero; doce períodos de tiempo a cual peor en que fué dejando en cada uno de ellos un jirón importante de su salud.

En el «Maricel» todo ha cambiado. Pepe Luis, casado y con un hijo que es su mismita estampa, ha pasado a substituir a su padre, y en su «representación» viene todos los veranos a la finca huyendo de los calores de la ciudad. En cuanto a cuidarse de las tierras... es ya otro cantar. Para eso hay el mayor-domo, los aparceros, los obreros a destajo, la vieja e inútil Rufina y cuantos brazos hagan falta. El, con recoger sus partes, siempre que sean las del león, y comprar nuevas «mojades» para hacer explotar, está satisfecho.

Aquel verano las cosas se presentaban para Rufina de muy mal agüero. Con sus modales hartos delicados la visitó Pepe Luis, diciéndole:



— Mi buena Rufina, eso no puede continuar así. Tú ya ves que las cosas no marchan; debido a la edad — yo no te doy a ti la culpa —, chocheas a la lindo. El trabajo, a medida que crece la hacienda, aumenta. En cambio, tu salud va de mal en peor y ya no sirves para nada. Aun reconociendo que has estado tantos años a nuestro servicio...

Y la mujer le interrumpió lloriqueando:

— ¡Treinta y cinco, señorito! ¡Treinta y cinco! Le he visto a usted en pañales...

— Bueno, bueno; lo sé, mujer, y lo estimo. Pero es el caso que el tiempo no pasa en balde y hay que darte por vencida.

— Ya me pondré bien, señorito. Me estoy aplicando un ungüento en las piernas y tomo unos polvos que me recetó el médico para el estómago, y me encuentro muy mejorada.

— Pero si no es cuestión de ungüentos, mujer. Si encuentras alguno que te saque una docena de años... Vamos al grano. Mi intención es que dejes esta casa, que arreglaré y remozaré para unos nuevos «caseros», y tú puedes vivir con alguna familia o pariente que tengas, que por tus escasos trabajos podrán mantenerte sobradamente. Tú estarás más tranquila y tu ayuda les podrá ser de utilidad.

La pobre Rufina sintió que la sangre se le agolpaba en la cara y que las piernas le flaqueaban, por lo cual dejóse caer en una silla clamando:

— ¡Que me marche! ¡Me echa usted de aquí! ¡A mí, a mí! Que mi cuerpo ya nada vale, que me faltan las fuerzas, que mis ojos se oscurecen... sea; pero ha de saber usted que he trabajado por usted toda una vida, que me encuentro así por haber extraído de mis vísceras la misma sangre con que su hacienda se ha enriquecido...

No pudo continuar. La voz se apagaba y las lágrimas abundantes corrían por los surcos de su cara. Y haciendo un esfuerzo:

— ¡Ah, Roberta, Roberta! ¡Cuánta razón tenías en juzgar la miserable condición humana de nuestros

señoritos! «Te echarán como a un perro», y ahí está. «No tendrás jamás un céntimo», y ahí está. Rufina quedará en la calle. Rufina pasará hambre. ¡Bah! Rufina es ya una vieja que no tiene jugo que extraer...

Pepe Luis se impacientó:

— Si no te pones en razón, no podremos discutir. Ya volveré, y, mientras, ve pensando en el asunto. ¡Hasta otra! — y con ademán de aburrimiento dejó a la vieja llorar a sus anchas.

Pasaron unos días, en que el desconsuelo de la pobre mujer era cada vez mayor.

Una mañana en que amasaba el resto de comidas para los animales vió venir por el sendero a un muchacho como de unos catorce años, con un pequeño lío de ropa en la mano. Caminaba muy aprisa y con ligereza; en dos saltos estuvo frente a la mujer. Rufina le observó con detalle, pensando: «¿Quién será y qué buscará por aquí?» Su indumentaria era sencilla, tan sencilla, que rayaba en miserable. Espaldas anchas y bastante alto, cabello enmarañado de color oscuro, que caía en desorden sobre su ancha frente de hombrecito en ciernes, ojos grandes y negros, mirar simpático y atractivo.

— Buenos días. Busco a una mujer que se llama Rufina. ¿Puede usted darme razón?

— Yo misma, hijo. ¿Qué se te ofrece?

El muchacho miró a la mujer despacito; sus ojos acariciadores posáronse en los surcos de su cara como si los besara con unción, y dejando el lío de ropa en el suelo contestó:

— Le traigo aquí una carta de mi madre para usted.

Rufina se levantó de un salto, y el lebrillo fué a parar en cuatro trozos a un rincón de la entrada. Se acercó más al rapaz, y su mirar gastado quería hundirse en las pupilas de éste.

— ¿Y quién es tu madre?

El chico, por toda respuesta, se abalanzó sobre la vieja, anudando sus brazos al cuello de Rufina, exclamando:

— ¡Abuelita, abuelita, ten compasión de tu nieto!



La conmoción fué tan grande que, al tratar de desasirse, hubiera dado contra el suelo a no ser por los mismos brazos que la retuvieron firme.

— ¿Tú mi nieto? ¿Tú? Luego, ¿qué ha sido de Roberta? ¿Por qué no ha venido ella? ¿Por qué tanto tiempo? ¿Qué ha sucedido?

— Lea usted su carta, abuela; lea y comprenderá.

Las manos de Rufina, al tomar la misiva, temblaron de un modo extraordinario. Era letra de su hija, de aquella hija que ella no supo juzgar ni supo querer a su debido tiempo.

El chico, abrazado al cuerpo enjuto de su abuela, la miraba con amor.

— Lee, abuelita, lee la carta de mi madre buena, de mi madrecita que tanto me quiso y que aun de lejos tanto te quería.

— No puedo, niño, no puedo ya leer. Mis ojos no ven. Dime tú lo que la pobre Roberta puso en el papel y cuéntame lo que ha sufrido lejos.

Y el muchacho leyó:

— «Mi querida madre. Cuando Ismael llegará junto a ti ya no existiré. Cuando huí de nuestra casa fué por amor a ti y a él. Todo el odio que supo inspirarme el criminal de su padre se ha trocado en el correr de los años en un amor tan intenso hacia este hijo mío, sólo mío, que casi he olvidado la villanía del padre. Su mala acción casi la he perdonado porque supo darme un hijo tan bueno y tan noble que me ha hecho olvidar su alma ruin y cruel.

»Por él he trabajado día y noche; para asegurarle salud y lozanía sucumbo yo víctima del mal que no perdona. Pero eso qué importa? Su vida para mí lo es todo, y sólo me duele dejarlo en edad tan temprana sin bríos suficientes para habérselas con una sociedad tan inhumana, tan estúpida, que pueda estropear la semilla que en su corazón he sembrado. Por eso, madre mía, si los ruegos de una hija moribunda hacen mella en tu corazón, recógelo en tu casucha y sabe que tu hija muere agradeciéndolo y estimándolo, no dudando que el día de mañana él te

devolverá con creces el poco de cariño que le otorgues. Recibe un fuerte abrazo de tu hija que en sus últimos momentos te recuerda...»

A medida que Ismael había ido leyendo, los ojos de Rufina lloraban lágrimas candentes de arrepentimiento. Su hija no había podido ser mala, no fué mala; toda mujer que sabe ser madre no puede ser mala mujer. Pero, ¡ah!, si sus sentimientos se humanizaban para con su hija, cómo se acrecentaba el odio hacia la maldad del seductor. Instintivamente abrazó la cabeza juvenil de su nieto.

— ¿Verdad que me quieres, abuelita? ¿Me dejas quedar contigo? A mí me gusta trabajar, te ayudaré en todo, te querré como quería a mi madre...

— Y yo, hijo, te querré más que a ella, mucho más.

Y un abrazo muy fuerte fundió la vida carcomida que amenazaba hundirse con la savia que apuntaba ávida de florecer y fructificar.

Para los días aciagos que se aproximaban vió Rufina en su nieto el firme puntal que la sostendría, y añadió:

— Nos marcharemos de aquí, dejaremos este rincón donde nació tu madre porque él lo quiere, porque el señorito lo ordena—y la palabra «señorito» salió esta vez silbante como una saeta; en muchos años jamás había sido pronunciada con tanta hiel y con tanta aspereza.

— No te apures, abuela, que yo soy joven; tengo un mundo por delante y no nos vamos a morir de hambre.

— ¡Pero, hijo mío, arrancarme de esta casa es condenarme a muerte!

Para Ismael todo dolor que le viniera a su abuela le dolía en su corazón como propio, y su mente fraguó el plan que algunos días después puso en práctica.

Y una mañana, sin decir palabra, pero con la firme convicción que no iba a implorar sino a exigir justicia, tomó el camino de «Maricel».

Cuando a Pepe Luis le anunciaron que trataba de hablar con él el nieto de Rufina, sintió que toda la



sangre huía de sus centros sensoriales y que un temblor sacudía sus miembros.

— El nieto... el nieto... Pero ¿qué nieto? Si creo que Rufina sólo tenía a una hija, la Roberta, que tomó las de «Villadiego»...

— Pues precisamente, señorito, es el hijo de aquella Roberta...

No le dejó terminar:

— Que pase.

Y así padre e hijo se encontraron frente a frente por primera vez. Pepe Luis procuró dominar sus nervios ante la presencia de su hijo, pero la semejanza entre el muchacho y su madre era tan patente, que al contemplar su rostro juvenil y simpático bajó los ojos avergonzado, temeroso de que la joven Roberta, que se escondía tras la máscara de su hijo, saliera y con sus propias manos tomara venganza de su felonía de antaño. Pero la duda disipóse pronto. El porte del muchacho, su actitud respetuosa, decían a las claras que su visita era de paz.

— Soy el nieto de Rufina, su antigua casera, y mi abuela me ha puesto al corriente de sus propósitos y que trata usted de arrojarla de su casa a los treinta y cinco años de servicio porque ya es vieja y no puede con el trabajo. Pues bien: yo soy joven, mis brazos, mi cuerpo, mi mente, sólo piden eso: trabajar. ¿Me permite usted que desde mañana ocupe un puesto en las faenas de sus campos y que el trabajo que efectuaba mi abuelita se vea multiplicado gracias al afán que me devora?

De una ojeada el padre había captado la magnitud de la oferta. Ansias de trabajar, de gastarse, de sucumbir llenando horas de sol a sol bajo la vega alcantana, y acaso... acaso un jornal menos. Un cuerpo joven a cambio de nada. Claro que ganaba en la substitución. El espantajo de la vieja Rufina ya no podía aprovecharse. Pero el joven, fuerte, recio, humilde...

— Creo que nos entenderemos. ¿Tú eres, pues, el hijo de Roberta? ¿Qué ha sido de ella?

El rostro de Ismael tornóse lívido.

— La pobre ha muerto en el hospital. El trabajo abrumador a que se entregaba para que yo no careciese de nada, colegio, libros, alimentación, no pudo soportarlo muchos años y ha sucumbido.

— ¿No te hablaba nunca de tu padre?

Una oleada de ira le invadió el rostro.

— Mi padre era un malvado, un villano, un hombre materialista sin pizca de corazón, y siento que usted me lo haya recordado haciendo revivir mis ansias de venganza. ¡Si yo pudiera dar con él!...

— No era esta mi intención, chico. Vamos, cálmate; el mal ya no tiene remedio.

El cambio que se había operado en Ismael dejó perplejo al señorito. Su rostro había pasado del rojo al violáceo y sus puños se habían crispado con fuerza a la par que los ojos parecían saltarle de sus órbitas. Y en aquel momento el parecido con Roberta era escalofriante. Su mismo físico con idéntica moral. También aquélla le dijo una vez: «Te odio por matón, por presuntuoso, por canalla, por «señorito»...» A aquélla la venció sin gran esfuerzo, con un poco de felonía y mucho de sadismo. A Ismael... ¿le vencería él?

— Así, pues, si le parece a usted que estamos de acuerdo, ¿puedo retirarme?

— Sí, márchate. Más tarde, y en cuanto vea tus aptitudes, hablaremos de tu retribución.

Y el jovencuelo alejóse, alegre, para dar la buena nueva a su abuela, para llevarle la gran alegría, pero con un retintín que ni él mismo se explicaba, con una cólera extrañamente nacida de su conversación con aquel hombre y que jamás le despertó sujeto alguno. ¡Cómo le miraba! ¡Cómo le había examinado de arriba abajo! Y, además, le había hablado de su padre. ¡Qué rabia! ¡Hablarle de la única cosa que le ponía fuera de quicio!

Y, a la vista de la casucha de su abuelita, tomó aliento y echó a correr para aminorar la distancia que le separaba de lo único que le quedaba sobre la



tierra y que constituía la razón suprema de su existencia desde aquel entonces en adelante.

## V

Quien dude de la gran verdad que encierra el adagio «querer es poder», que vaya a preguntárselo a Ismael, y como a él a todos los jóvenes que, habiendo nacido en un lecho tosco, han salido adelante gracias a su voluntad y al trabajo sin tregua. Sus faenas en el caserío fueron de vez en vez más difíciles y de mayor responsabilidad. Cuando la vieja Rufina quedóse una mañana sentada en su sillón para siempre más, cuando la parálisis presentóse en todo su apogeo, Ismael, en cambio, poseía la libertad de movimientos y conocía el rasante de la labor mejor que ningún otro de la hacienda. Y Pepe Luis, que buscaba alguien de confianza, no tuvo más remedio que certificar que la única persona de absoluta confianza era aquel chicuelo, imberbe casi, pero hombre derecho y hecho en cuanto a la faena se relacionaba.

Y bien pronto fué él quien distribuía las partes que correspondían al amo y las de los cultivadores según los contratos verbales — la mayoría — que regían en aquella época; el que abonaba los jornales por las innumerables faenas agrícolas, el que vendía directamente los productos y obtenía mejores precios; en fin, gracias a su honradez — pues jamás salió a relucir un solo céntimo de menos en las cuentas —, vióse convertido en obrero, administrador y factótum de la gran propiedad de Pepe Luis.

Ismael, a quien le gustaba en grado extremo la lectura y su afán de educación no cesaba nunca, era visitante asiduo del Ateneo Libertario de la pequeña población alicantina más cercana, y allí fué donde su cerebro se abrió a la luz y comprendió la magnitud de los eternos problemas sociales que se han ido engendrando a través de años y más años de un capi-

talismo exacerbado. Allí conoció a su buen contrincante Tonet y, lo que es más interesante, a la buena de su hija Sabela, con quienes discutía no poco sobre lo falso de nuestra sociedad, siendo justicia advertir que casi siempre fueron de acuerdo en sus respectivas teorías.

Cuando Rufina sintió que aquella arterioesclerosis le retenía por los días de los días en su silla desven- cijada, así lo confesó a su nieto, quien a su vez se lo contó a Sabela. A ésta se le saltaron unas lágrimas, lágrimas que la delataron, e Ismael, tomando su mano, quiso arreglar el mal que había hecho.

— ¿Por qué lloras, Sabela?

— Por la pobre mujer, trabajadora, amante, que te recogió en su hogar y que te ha hecho hombre.

— Luego, ¿la quieres mucho?

— La quiero como a una madre. La conozco desde hace muchos años. Mi padre había conocido ya a su hija, o sea tu madre, y aunque alguna vez tuvo que hacerle recomendaciones, la pobre ha pagado bien caras algunas de sus faltas cometidas.

— ¿Y no lloras también un poquitín... un poquitín... por lo desamparado que queda este muchacho que está aquí delante tuyo?

— Este muchacho es ya un muchachote muy grande que se basta a sí solo, que sabe ser fuerte, que no necesita...

Ismael la interrumpió, tapándole la boca con su mano:

— No sigas. Este muchachote tan grande, como tú dices, necesita de la mujer, necesita de su presencia en su casa como del aire que respira.

Sabela había enrojecido súbitamente, sea por la presión ruda de la manaza de Ismael sobre su boca, sea por la proximidad de todo su cuerpo de macho fuerte y sano proyectado sobre su cuerpo virgen no menos fuerte ni menos sano que el del obrero.

— Oye, Sabela, necesito de ti para llenar en mi casucha el gran vacío que ha dejado mi abuela, necesito de ti para que llenes mi hogar de bienestar y



reposo, necesito olfatear el olorcillo de mujer hacendosa que se desprende de la ropa recién lavada y de los suelos recién fregados. Pero también necesito de ti porque necesito de la mujer, ¿oyes?, de la mujer floreciente en carne cuando el trabajo te ha vencido, floreciente en consejos cuando de ellos necesitas. ¿Quieres ser tú esta mujer, Sabela, mi Sabela querida?

Sabela se había abalanzado y sus manos descansaban en la cintura del muchacho. Las de Ismael le rodeaban el talle por completo.

— Sea. También yo necesito del hombre, del hombre que nos acaricia, que nos sacude, que nos besa y que nos estruja, del hombre que nos ama.

Y sus bocas se enlazaron en un beso apasionado, largo, inquebrantable y que sólo fué el fulgor del beso posterior que abarca toda una vida.

A los ocho días de lo narrado el bueno de Tonet fué a depositar a su hija en casa de Ismael.

— Te la dejo, Rufina, te la dejo para siempre. No para que tú cuides de ella, sino para que ella cuide que nada te falte a ti.

Y el buen hombre, con el revés de la manga, espantaba las moscas de sus párpados.

Ismael y Sabela abrazaron a la vieja, y ésta, con los ojillos rebosantes de dicha, no pudo articular palabra alguna. La emoción había sido demasiado fuerte. Sólo por la mañana siguiente, cuando descendieron de su alcoba, radiantes de júbilo, la feliz pareja, pudo decirles Rufina:

— Quiero... quiero... que sea una niña, para llamarla Roberta.

Lo cual produjo el jolgorio general que es de suponer.

## VI

Y así la vida había transcurrido en algunos años plácida y benévola como lo es siempre para los pobres que, ganando el pan con el sudor de su frente, no

se atreven a pasar balance de si el trabajo es quien les proporciona el pan o bien el pan que engullen les permite dedicarse al trabajo.

En la plenitud de su vida, y con no pocos conocimientos adquiridos, Ismael lleva una vida de probidad sin límites. Pero en sus tratos con Pepe Luis ha sufrido no poco y hasta alguna vez se le ha amenazado con sacarles de la casucha.

La primera escaramuza fué en razón de haber pagado Ismael a un jornalero un día de trabajo que, por causa de enfermedad, no pudo cumplir.

— ¿Lo ves. Sabela, lo ves? Esto es inicuo. Porque el pobrecito ha caído en el camastro debido a una insolación, después de trabajar de sol a sol para recogerle sus uvas. ¡Y que yo le descuente el jornal! Eso nunca. Le he dicho que si no quería abonarlo él, me lo descontara a mí y en paces, pero el labriego no carecerá de pan, ¡eso jamás!

La otra vez fué debido a haber abonado los honorarios del médico que asistió a unos obreros heridos con un hacha.

Alguna que otra vez fué causa el libertino del «señorito», hijo de Pepe Luis, quien, habiendo encontrado a Sabela por el camino y ante el esplendor de la muchacha, se atrevió a piropearla en forma tan indecente como innecesaria.

Y no faltó la vez que, hablando Ismael con su amo, le dijo las cosas tan claras y tan por su nombre, que éste no supo si le hablaba un empleado suyo o bien él era en mucho inferior al labriego que delante él se parañetaba.

Sin embargo, cuál no sería la gramática parda del muchacho, que, sin haberle callado nunca ninguna verdad, por dura que fuese, no le había mentado nunca jamás, ni el respeto hubo nunca rebasado. Y a pesar de sus muchos decires jamás la palabra «señorito» se había escapado de sus labios. Era Pepe Luis, era el amo... pero de eso a «señorito», palabra que reflejaba un nivel social que jamás había existido... eso no se le escapó jamás a Ismael, corrigiendo así las



muchas escapatorias que le había hecho la buena Rufina en sus mejores tiempos.

De pronto llegó algo a aquel terruño por la vía de la atmósfera, del cuchicheo, de la escasa prensa, por medio de la radio, que llenó el ambiente de tranquilidad. Ismael, que asistía con más frecuencia que nunca al Ateneo, fué sabedor de tanto detalle, que los demás mozos acudieron presurosos con ansia de noticias. Y vino rauda el 19 de julio, fecha histórica e imborrable para los anales del proletariado.

Y se levantó con el sol dominguero la llamarada que todo lo arrasa y todo lo purifica. Ondeó por doquier la bandera de la liberación, y en los pechos de los campesinos, tantos años almacén de odios, por ser sus carnes flageladas por la miseria de tantos años de lucha, se levantó invicto un solo clamor: «Vencer o morir». Y cuando se lleva dentro de sí tanto entusiasmo y tanta razón, tanto ardor como ansias de justicia, no pueden sucumbir los ideales.

Y aquel día pasó por la vega alicantina la ráfaga de justicia social que tantos años ha habían soñado los innumerables labriegos que con la hoz y el hacha ganaban apenas para comprar un poco de carne salada. Toda la vega se estremeció por el fragor de la lucha, y alguno que otro riachuelo vió enrojecer sus aguas en sangre. ¡Oh!, qué parto más laborioso el de la nueva sociedad, con dolores, con fuertes estremecimientos antes no se han desgarrado las entrañas y ha aparecido el fruto de nuestros desvelos.

En la finca de «Maricel» reina la inquietud y la zozobra. Pepe Luis va de un lado a otro de la casa atisbando el horizonte. Su primogénito quiere aconsejarle.

— Huye, papá, huye. No dudes que van a venir, y entonces...

— ¿Es que acaso no crees que te pertenece un tanto de culpa?

— Acaso, pero ahora no es hora de cargos; es hora de actuar, de obrar con rapidez si no queremos ser atrapados como conejos.

— ¡Huir! ¿Pero dónde y cómo? Tengo el dinero en el banco. El resto son joyas y artículos más comprometedores. ¡No puede ser!

— Acuérdate de Pepet... Te la prometió cuando se le murió aquel hijo, según decía, por tu culpa. Acuérdate de «El Nano»... Por dos veces te ha buscado infructuosamente. De Rafael, el «xicón» de la Tomasa, a quien tu auto le dejó una pierna en la carretera. Hay muchos descontentos, papá. Huye...

La enumeración produjo la natural alarma en Pepe Luis. Su hijo lo aprovechó para remachar el clavo:

— Tienes el efectivo metálico más indispensable para alejarnos de aquí. ¿Qué importa el dinero cuando la vida está en peligro? Luego te pesará.

— Es verdad, lo primero es la vida; anda, busca tu cartera de negocios, huyamos.

Una gran prisa le entró de súbito para alejarse del lugar del peligro.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Un rumor como el de la marea cuando sube bajo las aguas impetuosas se oía a lo lejos. Pepe Luis examinó la carretera con unos prismáticos, apreciando allá y acullá grandes conglomerados de campesinos que avanzaban hacia la casa.

— Estamos perdidos; por ahí vienen, no hay salvación posible.

— ¡Escondámonos, padre!

— Es inútil, nos encontrarán.

De pronto, una idea salvadora vino a su mente.

— ¡Ven, pronto, sígueme!

— ¿Dónde vamos?

— A la casucha de Ismael, él nos salvará.

El hijo, sin discutir, pues los instantes eran preciosos, siguió a su padre y los dos hombres casi a rastras, para no ser vistos, recorrieron la distancia que les separaba de la casita de sus labriegos.

Cuando Ismael vió aparecer ante su puerta la encorvada figura de Pepe Luis y la enclenque de su hijo, el color de su rostro se le transmudó.

— ¿Qué desean ustedes?



— Un amparo, un apoyo, Ismael; nos buscan y nos matarán. He venido a tu casa no con el afán de comprometer tu persona, pero poniendo la mía en tus manos para que obres en consecuencia según te dicte tu conciencia.

— Pepe Luis, jamás traicionaré a los míos. Compañeros de penas y fatigas, a ellos he debido recurrir en los momentos de infortunio y en mí han encontrado un padre cuando de ayudarles, también, se ha tratado. ¿Cuántas veces ha abierto usted las puertas de su casa al menesteroso? ¿Cuántas veces se ha ofrecido para mitigar los dolores de sus labradores? ¿Qué ayuda les ha prestado en su largo trabajar? ¡Ah!, pues si nada de esto posee en el haber de su cuenta, prepárese, Pepe Luis, a rellenar debidamente el debe que le corresponde, que la vida es sólo esto, un constante asiento en las partidas de contabilidad.

— Ya veo claro, Ismael, que mis hechos no han correspondido a lo que mi posición debía y podía; me arrepiento de ello sonceramente y estoy pronto a facilitarles las reivindicaciones económicas que sean precisas.

— Es muy tarde para eso, Pepe Luis. Los sufrimientos morales y materiales con que tan inicuaemente castigaste a tus obreros no se olvidan echándoles un puñado de pesetas al rostro. Hay la vida de una compañera, hay la vida del hijo, hay el bienestar de un hogar de por medio; no, nada de eso se compra.

Las palabras de Ismael caían, una a una, sobre Pepe Luis con la misma intensidad que la gota de agua va horadando la roca en su caer lento. Sabela, junto a la cuna de su pequeña Roberta, balanceaba suavemente como queriendo evitar que la pequeñuela pudiera despertar ante una escena tan emotiva. La vieja de Rufina, con los brazos descarnados apoyados en su mugriento sillón, miraba... miraba sin comprender cómo su «señorito» rogaba y trataba de amansar a su nieto.

— Ismael: una de tus palabras puede detener a

esta jauría que se acerca. He venido a tu casa fiando en tu honradez de servidor. ¡Escóndeme!

— Jamás. Yo no miento, Pepe Luis. Yo ignoro lo que tu conciencia pueda reprocharte en este instante, pero la mía jamás decaerá ante el cumplimiento del deber. Estás en mi casa y con el sentido de hospedaje que siempre me ha caracterizado puedo prometerle que aquí estáis fuera de peligro, y que nada ni nadie os podrá atacar traidoramente sin que yo os defienda. En cuanto a esconderos... no podría hacerlo sin corroborar a una traición y una alevosía. Que cada cual cargue con sus culpas y más que nada hay que demostrar la hombría. Eso es todo.

— Gracias, Ismael; me respetarán aquí, si tú te impones. Luego... luego...

— Tengo un elevado concepto de mis compañeros, y a pesar de las muchas injusticias que ustedes han hecho caer sobre sus espaldas, no es tan negro su corazón como ustedes lo suponen.

El rumor se iba haciendo más ensordecedor. A simple vista se distinguían ya los grupos que se dirigían a «Maricel». La actitud levantisca de los amotinados no dejaba lugar a dudas. Pepe Luis y su hijo se retorcián las manos con desesperación, y las dos mujeres, ante lo imprevisto, pugnaban para hacer el corazón fuerte. Ismael sacó su pistola del cinto y dejola encima de la mesa al lado de su abuela.

— Prefiero no ir armado para tratar con mis compañeros; siempre hemos hablado con el corazón en la mano, y entre nosotros las armas huelgan — dijo, acompañando el gesto leal y simpático.

Ibanse aproximando los grupos y a medida que éstos avanzaban Pepe Luis retrocedía con espanto hasta lo más hondo del zaguán.

— No será, no será... — y armándose de valor añadió Pepe Luis dirigiéndose al obrero —: ¡Pues bien... sabe Ismael que si muero, muere no tu amo, no tu Pepe Luis, sino que muere el que te dió el ser, muere tu padre porque llevas en tus venas mi misma sangre, esta sangre azul que estás maldiciendo desde tantos



años a esta parte; sabe que eres de los nuestros y que si bien naciste de una hembra pobre y errabunda te engendró un «señorito» y a nuestra casta perteneces! ¡Ah! ¡La cruel verdad! ¡Pues es esta, esta! ¡Roberta, Roberta! Diles si miento, diles que allí en la barraca de «Can Amparo» te me ofreciste genuinamente pobre, y perteneciste a tu señorito Pepe Luis... ¿Quién lo niega? ¿Quién?

Las anteriores palabras habían despertado en todos los presentes un terror sin límites. Ismael saltó como una fiera al cuello del que se decía su padre, y apretándose con sus robustas manos hubiera perecido de no haber intercedido Sabela, que con la cabeza sobre su pecho decía «perdón para él».

El hijo de Pepe Luis, desde un rincón y echando espuma por la boca, parecía un beodo. A la anciana veíansele temblar todos sus miembros y de sus ojos desorbitados no saltaba una lágrima.

— ¡Repite eso, malvado; repite que eres mi padre y te degüello!

— Lo juro, Ismael, lo juro, y ahora máteme; prefiero morir en tus manos que no a las de esos verdugos. ¡Entrégame a esa jauría de lobos, que más da! Si un hijo no siente el menor temor de matar al que le dió el ser, ¿cómo han de sentir repugnancia esos hombres que se acercan? Pero tú no podrás matarme, Ismael, no podrás porque sientes ya la voz de la sangre que te repite «es tu padre»; sí, la voz de la sangre; hasta este momento no sabías que era eso, ahora, ya ves: aflojas el nudo de tus dedos, te levantas, me miras... me compadeces... ¡Sí, Ismael, es eso la voz de la sangre!

— ¡Cállese, cállese; qué ha de ser eso la voz de la sangre! ¿La ha sentido usted durante estos años cuando he pasado por su lado fregando mi ropa sucia y recomodada con la de óptima calidad de usted sin el más leve saludo? ¿La sintió usted jamás cuando le pedía dinero para mis compañeros, para mi hijo, para mi abuela? ¿La sintió jamás al verme una vez terminada la jornada, extenuado y sin fuerzas para llegar a mi casucha? ¿Y quiere que la sienta ahora yo, cuando

usted, cobarde y malvado, viene arrastrándose a mis plantas para que salve su vida, que no sabe ni puede defender? ¿Quiere que la sienta yo, cuando usted me arroja en cara que fué el malvado, el sinvergüenza que abusó de mi madre dejándola después en el arroyo una vez saciados sus instintos? ¡Ah! ¡Pues no! Su sangre puede ser azul, mas la mía salta a borbotones dentro de mis venas y es roja, ¿y usted? Roja como la tierra madre que me dió el ser.

La voz de Pepe Luis se hizo meliflua y acariciante.

— Escúchame, Ismael, yo siempre te sabía mi hijo y anidaba dentro mi corazón un algo que no abrigué para tus compañeros.

— ¡Bravo! Que algo más dulce, más tenue, más invisible... Por esta causa no lo he advertido nunca.

— Como tú quieras, pero así es. Ahora que sabes la verdad, me comportaré contigo como tu padre que soy, sólo quiero que a tu vez te comportes conmigo como mi hijo que eres.

— ¿Y cuál es mi deber?

— Salvarme la vida, sea como sea y a costa de lo que sea. No podía obligar a un servidor mío, pero a mi hijo puedo decirle: «Entrega a tu padre, si tienes corazón para ello».

— Pues bien, Pepe Luis... sí, señor Pepe Luis, siempre no puedo considerarme su hijo porque el tener un hijo no consiste en una hora de lujuria; para tener un hijo se necesita más, mucho más. ¡Usted que atenazó a mi madre y la dió un hijo para su vergüenza, usted no es un padre, es un canalla! Para tener un hijo se precisa trabajar para él, vivir para él, velar por él, subirlo con dolor a su vera, y sacarse el mendrugo de pan de la boca para ponerlo entre sus dientecitos. Para tener un hijo hay que haber velado muchas horas de su fiebre, haber pasado muchas noches pensando en su porvenir, se ha de poner la mano para ver su primer diente, se ha de haber dicho durante años y años con el máximo orgullo: «Miradlo, este es mi hijo», y usted... usted... ¿qué sabe usted de ser padre? Porque



allá en el huerto pisoteó, maltrató, hirió a una hembra virgen... ¿Qué reivindica usted, caballero?

El tono era mordaz, pero de una realidad tan intensa, que Pepe Luis bajó la cabeza avergonzado.

— Está usted en mi casa, Pepe Luis; me ha pedido usted hospitalidad y en estos momentos difíciles pienso prestársela como se lo había prometido, pero... se lo ruego, no vea usted en mí un hijo, porque ello me avergonzaría de tal manera, que acaso mi razón me obligara a entregarle a usted a los verdugos.

Grupos armados se habían presentado delante la casucha preguntando por el amo.

Todos ellos eran antiguos compañeros de Ismael.

— Aquí está, ¿qué le queréis?

— Deseamos hablar con él, y deseamos que deje esta casa para venir con nosotros.

— Si a ello se aviene el interesado — y señaló a Pepe Luis que aguardaba a un lado.

— Yo no pienso salir de esta casa si no es a la fuerza.

— ¿Luego quieres que la empleemos? ¿Por qué no te avienes a tratar con nosotros y a zanjar la futura situación de tu hacienda? Venimos en son de paz, Pepe Luis, pero nos recibes en son de guerra y a él sabremos responder.

Varios individuos se habían adelantado y trataban de forcejear con el amo.

Ismael intervino conciliador.

— Compañeros, ese es, como sabéis, el amo y pide mi hospitalidad por sólo unos días. Yo he prometido prestársela en cuanto la tenéis también vosotros, y aquí todos conjuntamente podemos aclarar la situación y evitar que las incógnitas creen males peores. Pepe Luis está dispuesto en lo venidero a ver en vosotros sus fieles colaboradores, a ayudarlos en cuanto sea, tanto por su posición económica como moralmente; ¿deseáis vosotros su ayuda? ¿deseáis que renuncie a su empresa para que sea administrada en su totalidad por vosotros mismos? En todo caso yo, que os conozco a vosotros sobradamente, os ruego que no malogréis la promesa verificada, y os prometo que él, a su vez, sabrá

daros justa recompensa y sabrá hacer honor a su palabra. ¡Dejad transcurrir unos días, camaradas! Y volved luego por él, y juntos nos pondremos a la faena de estructurar las nuevas bases, más justas y más humanas que han de regir nuestros destinos.

Las palabras eran sensatas; Ismael, que era conocido por todos sus contertulios y sabían que sus palabras no habían sido jamás puestas en retroceso, pudieron dar crédito a sus manifestaciones y después de un rápido establecimiento de fecha y pormenores, se separaron amicalmente. Todos ellos, coincidieron en la necesidad de dejar aclarar el ambiente y hacer una obra común de reconstrucción sin el menor asomo de odio ni ansias insatisfechas.

Pepe Luis, desde su rincón, musitaba frases incoherentes. La vieja, la abuela, la paralítica, pobre piltrafa humana condenada a la inmovilidad perpetua, había contemplado la escena con sus ojillos decrepitos.

El hijo de Pepe Luis se había acercado a su padre y le hablaba a éste sin fijarse en la vieja que tenía a su lado, y que mejor parecía una momia del otro mundo.

— ¿Qué te ha parecido, padre?

— Por ahora, bien... muy bien. Él, a pesar de ser mío, es de ellos por entero. Roja es su sangre, rojo su corazón y rojo su cerebro, pero sabré tener mi promesa, y si he de ayudarle...

— ¡Qué le vas a ayudar tú! Deja que tenga su promesa y que nos saque del atolladero, luego ya veremos. ¡En este tiempo una bala se desliza pronto, y ni menos se sabe de dónde sale! No creo que la voz de la sangre que tú preconizas te haga sentir ahora por este imberbe.

— No siento nada por él, y si he venido es porque le necesitaba y no me ha salido mal la artimaña, pero, claro, del dicho al hecho...

— Ya te digo, hay sólo el espesor de una bala — y sonrió maliciosamente.

La abuela había oído la conversación toda, y sus venas se hinchaban de rabia de no poder expansionarse. Quiso gritar, levantarse, llamar a su Ismael,



hacerle ver los peligros. Éste, abrazado con su esposa al lado de la cuna de su Roberta, nada había oído.

Una idea salvadora pasó por la mente de la anciana y, tomando el arma que a su alcance había dejado Ismael, la disparó sobre Pepe Luis, que cayó al suelo en redondo. Su primogénito, espantado, echó a correr, sin que su corazón le dijera de auxiliarle; el miedo podía tanto como su cobardía.

Y la voz de la anciana salió potente de su garganta clamando:

— ¡Entre el bueno de mi nieto y tú, «señorito», no puede haber más distancia que ésta, no puede separaros más que el espesor de una bala y ésta es para ti, bravucón!

— ¡Qué has hecho, abuela! ¡Qué has hecho! — le decían abrazándola.

— ¡Justicia! Justicia a la pobre Roberta que sucumbió en la barraca y que no encontró en mí la asistencia y el apoyo que le debía. Aquel apoyo, aquella ayuda, te la presto a ti hoy, mi Ismael, segando la vida de este canalla que a la postre te hubiera exterminado él a ti. ¡Y, además, venganza! ¡venganza que pedía a voces mi fibra de madre! Se acabó tanto parásito, se acabó la holganza, ya no hay «señoritos», ya no hay «señoritos» para bien de las mujeres indefensas.

— ¡Ay, abuela, cuántas verdades dices...!

— Y más tarde, mucho más tarde, cuando yo no existiré, cuando vuestra Roberta sea una mujer, cuando nuestra sociedad sea lo que todos deseamos, sólo entonces comprenderéis cuanto había de justicia en mis palabras y en mis actos. A trabajar por la nueva era social, contra el parasitismo, contra la plaga del señoritismo.

Y los tres, con la pequeñita entre sus brazos, fundieron en un estrecho abrazo.

les. — 65. *Armonía*, de Miguel Campuzano. — 66. *Ambición*, de Adrián del Valle. — 67. *Cain y Abel*, de Elías García. — 68. *Si tú me quisieras*, de Federico Urales. — 69. *Mariucha*, de Iván Chevick. — 70. *Entre dos amores*, de Federico Urales. — 71. *El y Ella*, de Paco Itiz y José de Tapia. — 72. *El amor errante*, de Federica Montseny. — 73. *Flora*, de Joaquín Colomer. — 74. *El pitu de Peñarudes*, de Mauro Bajatierra. — 75. *El príncipe que no quiso gobernar*, de Adrián del Valle. — 76. *Liberación*, de Juan Ferrer. — 77. *La de mis sueños*, de Federico Urales. — 78. *Los unos y los otros*, de Ramón García Diego. — 79. *La vida que empieza*, de Federica Montseny. — 80. *Aurora nueva*, de Antonio Estévez. — 81. *¿Es usted mi madre?*, de Federico Urales. — 82. *Coloma*, de José Gardeñas. — 83. *Sor Angélica*, de Federica Montseny. — 84. *Para que el hijo sea nuestro*, de A. Fernández Escobés. — 85. *Del cielo al penal*, de Regina Opisso. — 86. *El alimañero*, de Mauro Bajatierra. — 87. *Lo que me ocurrió con ella*, de Federico Urales. — 88. *Fatalidad*, de Elías García. — 89. *La ruta iluminada*, de Federica Montseny. — 90. *Amor que vivifica*, de Luis Calventus. — 91. *El eterno problema*, de A. Fernández Escobés. — 92. *El casamiento de mi novia*, de Federico Urales. — 93. *Un drama en las Guillerías*, de Narciso Fontás. — 94. *El último amor*, de Federica Montseny. — 95. *Aura popular*, de V. Márquez Sicilia. — 96. *Las aventuras de unos niños*, de Federico Urales. — 97. *El primer amor*, de Elías García. — 98. *La tierra estéril*, de A. Fernández Escobés. — 99. *Botones de fuego*, de Aurelio G. Rondón. — 100. *Ladrón de amor*, de Federico Urales. — 101. *¡Era su madre!*, de Regina Opisso. — 102. *El tesoro escondido*, de Adrián del Valle. — 103. *La fuerza del amor*, de Juan Martín González. — 104. *Los malcasados*, de Federico Urales. — 105. *Del Madrid de mis amores*, de Mauro Bajatierra. — 106. *El corazón de la esfinge*, de Angela Graupera. — 107. *Nuestra Señora del Paralelo*, de Federica Montseny. — 108. *El amor que queda*, de V. Márquez Sicilia. — 109. *De maestro a guerrillero*, de Adrián del Valle. — 110. *Los hijos del otro*, de Regina Opisso. — 111. *El hombre adúltero*, de Federico Urales. — 112. *¡No, no, eso no!*, de A. Fernández Escobés. — 113. *La pequeña hechicera*, de Angela Graupera. — 114. *Un Abel más malo que Cain*, de Aurelio G. Rondón. — 115. *El derecho al hijo*, de Federica Montseny. — 116. *Los carrilanos*, de F. Barthe. — 117. *Pedro «el justiciero»*, de Regina Opisso. — 118. *La mujer caída*, de Federico Urales. — 119. *Una aventura original*, de Federica Montseny y García. — 120. *Los caminos del mundo*, de Federica Montseny. — 121. *Micaela*, de Diego Ramón. — 122. *Historia de la Cisca*, de A. Fernández Escobés. — 123. *El retorno a la tierra*, de Angela Graupera. — 124. *La moza alegre*, de Federico Urales. — 125. *Mi honor, ¡no importa!*, de Regina Opisso. — 126. *Contrabando*, de Adrián del Valle. — 127. *Hacia otra vida*, de Mauro Bajatierra. — 127. *La hija de las estrellas*, de Federica Montseny. — 128. *Escenas del vivir*, de J. Ramos Concepción. — 130. *Espinas y flores*, de Andrés Ramos Alvarado. — 131. *El médico galane*, de Federico Urales. — 132. *Destellos de luz*, de V. Márquez Sicilia. — 133. *La ten-*